

Salmo 31

Declaración de confianza



Mashíaj no tenía iniquidad, pero la humanidad sí, porque fue secuestrada por el enemigo y se acostumbró a estar así para evitar el dolor, pero, eso no es lo que Dios quiere. Es por esto que, la humillación de Cristo (Mashíaj) pagó el precio de tu rescate llevándose la iniquidad, haciéndote una nueva criatura. Ahora, tu tarea es humillarte ante Él y ante las tinieblas (morir a la carne, rendirse sabiendo que Dios tiene el control y no yo), para que aquellos que llevan toda su vida secuestrados puedan llegar a la libertad.

La Confianza (V1 al 5)

1 En ti, oh Señor, he confiado; no sea yo confundido jamás; Líbrame en tu justicia.

2 Inclina a mí tu oído, líbrame pronto; Sé tú mi roca fuerte, y fortaleza para salvarme.

3 Porque tú eres mi roca y mi castillo; Por tu nombre me guiarás y me encaminarás.

4 Sácame de la red que han escondido para mí, Pues tú eres mi refugio.

5 En tu mano encomiendo mi espíritu; Tú me has redimido, oh Señor, Dios de verdad.

Los que decimos ser hijos del Rey esperamos en Él, porque estamos diseñados para hacer lo que Él dice confiando en que los resultados están bajo su control.

Confiar no es arriesgarse sin medir las consecuencias, o sin prepararse para determinada situación, sino dejarse dirigir por su justicia que nos **prepara y guía** para ejecutar lo que Él está ordenando (Prov 3:5-8).

Para crecer en confianza es necesario salir del miedo y el razonamiento, que endurecen el corazón e impiden obedecer a su voz.

La confianza es el castillo que nos refugia del enemigo. Este se eleva a medida que crecemos en humildad y sujeción gracias a que estás lleno de la presencia de Dios.

David experimentó el pecado y sus consecuencias (**2 Sam 12**), mas al final se enfocó y caminó todo el tiempo en la justicia, porque aprendió a no volver a hacerlo gracias a que en medio de la experiencia Dios sacó a la luz su pecado, llevándolo a humillarse, a ser consciente de el para que no volviera a entrar por allí, y así ser librado de la confusión (avergonzado).

Cuando pecamos, sentimos dolor, porque la carne no tiene comunión con la Espiritu, estorbando el proceso que Dios viene haciendo con nosotros, llevándonos a huir hacia cuevas, como lo hicieron Saúl y David. Si confío en que Dios me justificó, no permito que mi carne huya, sino que corro a apelar a su justicia para que ella me dirija a dejar la dependencia de mí mismo, porque en nada aprovecha, y que Mashíaj tome lugar. De esta manera, las aflicciones ya no son a nivel de la carne, sino a nivel espiritual, pudiendo declarar nuestra confianza en Él, porque hemos entendido que la justicia es siempre desde el bien y no desde el mal.

Cuando tenemos conciencia de justicia, mis comportamientos ya no se basan en mi experiencia de la carne (mis heridas), sino en la confianza y seguridad de que Él me lleva por su camino y no me deja desviar.

Mi espíritu en sus manos: Cuando mi confianza no está en lo que pienso o siento, sino en su palabra, puedo clamar a Él para que me libre de confusión y me vuelvo roca fuerte e impenetrable para que el enemigo no pueda tomar lugar en mí.

1 Sam 26:22. *Y David respondió y dijo: He aquí la lanza del rey; pase acá uno de los criados y tómela. 23 Y el Señor pague a cada uno su justicia y su lealtad;*

del Señor.